

IBARRA
093 (7.8) 9417

Poeta en Ibarra

Carlos Suárez Veintimilla

PEGASUS

FM RITMO

BIBLIOTECA MUNICIPAL
"PEDRO MONCAYO"
IBARRA

Poeta en Ibarra



Carlos Suárez Veintimilla

BIBLIOTECA MUNICIPAL
"PEDRO MONCAYO"
IBARRA

PEGASUS

Poeta en Ibarra
Carlos Suárez Veintimilla

Antología
Juan Carlos Morales Mejía
Grabación
Silvio Morán Madera
Fotografías:
Juan Carlos Morales Mejía
Derechos reservados

Editorial Pegasus
Colón 4-09
Ibarra-Ecuador
Sur América
Telefax: 593-6-953-156
pegasusecuador@yahoo.com

Auspicio

Municipio de Ibarra
Administración:
Mauricio Larrea Andrade, alcalde
Franklin Gomezjurado Mejía, vicealcalde
2002

BIBLIOTECA MUNICIPAL
"CARLOS SUÁREZ VEINTIMILLA"
PROLOGO

Que la luz de una lámpara se encienda,
aunque ningún hombre la vea. Dios la verá.

Jorge Luis Borges

El poeta tiene 91 años. El cronista lo lleva hacia los años de infancia, a una Ibarra de calles amplias y casas blanquísimas, en la segunda década del siglo XX. Recuerda la casa solariega, cerca del parque donde estaba el Ceibo, sobreviviente del terremoto de 1869, que devastó la urbe, que tiene cocoteros y mínimas ventanas. Carlos Suárez Veintimilla nació el 16 de julio de 1911 en esta ciudad que siempre ha buscado el mar, desde la fundación de 1606.

Habla de su padre, Rafael Suárez España, médico del Hospital, y de su madre Matilde Veintimilla, que le entregaron el don de los libros. Evoca a Julio Verne, creador de Viaje de la Tierra a la Luna, y Emilio Salgari, que hizo un Sandokán de ojos enigmáticos batallando en lejanos mares, o el Corsario Negro. Trae en su recuerdo a Los Tres Mosqueteros de Alejandro Dumas y ese libro portentoso que es Las Mil y Una Noches, donde la eterna Scherazada sigue cautivando al sultán Schahriar, con sus cuentos de genios y marineros. Esos eran los textos que le hicieron imaginar viajes fantásticos.

Pero la realidad fue atroz. Su hermano Francisco Xavier, muy joven, fue de voluntario a España, a la Academia de Caballería de Valladolid. En Africa, en Marruecos, siendo alférez y asistente de un coronel, lo ultimaron las balas de "los moros", como dice, refiriéndose a otra época, como si esas guerras de conquistas poscoloniales fueran las mismas que iban hacia el Santo Sepulcro, en la Edad Media. Su hermano fue enterrado en Ceuta y el menor aún conserva un retrato al óleo con traje verde oliva, como resignándose a nunca visitar su tumba. Fue en esa época que Carlos Suárez Veintimilla se decidió por la vida militar.

Pero la vida tiene encrucijadas. Su familia muy católica había entablado amistad con el Obispo Alberto Ordóñez, quien propuso al joven que cursaba el segundo año ir a Roma, para entrar a la vida sacerdotal. El clérigo esperó algunos años para convencer al joven. El muchacho se negaba rotundamente, pero se fue con la condición que si no le agradaba lo monástico regresaría a su Ibarra. No conocía ni Quito, cuando tuvo que embarcarse en un vapor italiano, Bolonia, desde Guayaquil. Su otro hermano, Mariano, lo esperaba en Génova, los meses que duró la travesía.

Roma le pareció deslumbrante. Tenía 16 años y un latín bastante incipiente para la Universidad Gregoriana. Después, le sedujo Aristóteles, en los cursos de filosofía. El llamado a la vida sacerdotal fue una premonición. Había más de veinte mil peregrinos en el Vaticano. El papa Pío XI se dirigió con paso solemne recorriendo las estancias de mármol. Se detuvo. Allí

estaba Carlos Suárez Veintimilla que se quedó absorto cuando el sucesor de Pedro, le impuso su mano en la cabeza y lo bendijo. ¿De dónde eres?, le dijo en italiano. De Ibarra, alcanzó a susurrar aquel joven que aún soñaba en las batallas, junto a su hermano ultimado.

Pasó 11 años en Roma con una vocación sacerdotal inquebrantable para toda la vida. Allí estudió tres años de Filosofía en la Universidad Gregoriana, donde obtuvo el título de doctor; a continuación cuatro años de Teología y otro doctorado de Derecho Canónico, porque el Obispo Ordóñez, quería prepararlo en esa materia. Se ordenó sacerdote en 1934 y pasó a Bélgica, en la Juventud Obrero Católica.

Después de 11 años en Europa regresó a su Ibarra, donde ha sido profesor en los colegios Sagrado Corazón, Sánchez y Cifuentes y Nuestra Señora de Fátima, donde se desempeñó como rector, durante 20 años. Junto con Monseñor Leonidas Proaño, creó la Juventud Obrero Católica y, más tarde, la Liga de Empleadas Católicas, y hasta un programa, durante diez años, de la Hora Católica, con la colaboración de los Hermanos Cristianos. En todos estos años interrogó la obra de muchos autores y tuvo amistades: César Dávila Andrade. También —y de allí este libro— anduvo por los parajes de Imbabura: sus montañas, lagunas y siempre el regreso a la semilla: Ibarra.

Desde estas evocaciones se preguntó sobre los misterios de la vida, en una poesía honda, que solamente es posible para quienes tienen el lenguaje de los pájaros, es decir pasar de lo abstracto a lo sencillo, sin perder profundidad.

Pertenece a la Academia Ecuatoriana de la Lengua, desde 1971, y sus obras son: Camino del corazón inquieto, Cuadernos de Ausencia y de presencia, Las Horas, Cinco cantos de soledad, Serenata a la Virgen, Poesía (obra completa), Colección de poemas de paisajes de Imbabura, y está presente en la Antología de la poesía religiosa del siglo XX, de Europa.

Poeta en Ibarra, es una iniciativa de editorial Pegasus, y la antología fue realizada como un homenaje a este hombre de mirada de niño, con la certeza de su valor literario, en un país bastante acostumbrado al olvido. Para este trabajo, además, se realizó la grabación de un disco compacto con la voz del poeta, efectuada por Silvio Morán Madera, de FM Ritmo, de Ibarra, en la provincia de Imbabura.

El auspicio para esta obra fue del Municipio de Ibarra, durante la administración del alcalde Mauricio Larrea Andrade. Es parte de una propuesta de editorial Pegasus, donde se incluyen Leyendas de Ibarra, del antólogo, Ibarra: sabores de maíz, de María Patricia Morales Mejía; y está en preparación una colección de Historia de Ibarra y sobre los poetas jóvenes de la urbe.

Carlos Suárez Veintimilla representa un referente de la producción literaria de Imbabura, donde –como señalaba Aurelio Espinosa Pólit- tiene énfasis lo religioso y el paisaje de su tierra. Sus poemas sencillos y profundos han hecho que el escritor Roberto Morales Almeida lo catalogue como “poeta niño”. Ha sido distinguido como profesor honorario de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador.

Desconocido en su propio país –por esa creencia que la Cultura está en las metrópolis- Carlos Suárez Veintimilla es una voz que –siguiendo a Tolstoi- ha cantado al Universo, desde las reminiscencias de su aldea. Aunque las nominaciones –como el premio Eugenio Espejo- le han sido adversas, está presente en las voces de los jóvenes, que declaman sus versos: su poesía está viva lejos de los discursos. Este es el Poeta de Ibarra, de un siglo que ya no nos pertenece.

Juan Carlos Morales Mejía

Ibarra, septiembre de 2002

CAMPO

Campos lavados de paz, de luz y escarcha
ante los ojos niños de la azul madrugada.

Sucesión de colinas, de nubes y distancias
que recorren pupilas asombradas.

Arboles vestidos de silencio y de alba,
con peinillas de viento y con espejos de agua.

Campos para que los recorra un alma sana
con el silencio fiel de las mañanas,

al paso del caballo, con el viento en la cara
y adentro un amor hondo y una limpia esperanza.

Campos para hombres con la piel tostada
por las luces, los vientos y las aguas;

de manos grandes y pupilas claras
y de sobrias promesas que no engañan,

como la soledad y las montañas,
los pájaros, las fuentes y las auras.

Hombres que aman la vida fuerte y ancha
y enlazan los peligros con certera lazada,

y bajo una corteza tímida, ingenua y áspera
hacen vibrar un alma profunda y delicada.

Campos para la vida honda, serena y diáfana
de amores limpios y costumbres castas.

Campos de luna, soledad y calma
en el silencio de las noches largas.

Campos para sentir a Dios dentro del alma
por las escalas trémulas de las luces lejanas.

SER NIÑO

Es pasar por la vida con ingenua calma
entre el lodo de todas las humanas intrigas;
es mirar -con los ojos abiertos hasta el alma-
las pupilas amigas.

Es lanzar tras las aves que se van en bandadas
una mirada nueva de asombrada ventura;
es hallar en el agua de las fuentes cansadas
la primera frescura.

Es sentir por la muerte de una flor o de un ave
y gozar la sonrisa de la cosas pequeñas;
y tener, ante el mundo diplomático y grave,
dos pupilas risueñas.

Es llevar en la mano semillas de esperanza
y de amor, frente al odio, la inquietud y el espanto
y lanzarlas al viento, como la fuente lanza
sus cristales de canto.

Es leer en los hondos espacios siderales
esos nombres que escriben las estrellas distantes;
es guardar en los ojos confiados y leales
las miradas de antes.

Es oír qué le cuentan al viento en cada hora
las campanas amigas en la voz de sus bronces;
es llevar simplemente en el cuerpo de ahora
aquella alma de entonces.

CAMPANARIOS

Campanarios amigos,
grito y canción del corazón inquieto
de mi ciudad. Insomnes
atalayas del mundo y de los cielos
que velan con la voz de sus campanas
o con sus piedras altas de silencio.

Voces de plata para la alegría,
voces de bronce oscuro para el duelo.

Sobre la fiesta bulliciosa y clara,
voces blancas ungidas de misterio,
matinal desgranar de alegres perlas
que caen, sonriéndonos, adentro.

Y en los días nublados de tristeza,
toques que se dirían nacen dentro
del corazón herido... Roncos, largos
-duras voces de hierro-
como un sollozo lacerado y roto
que buscara un refugio allá en el cielo.

Campanarios que elevan nuestras ansias,
nuestros goces serenos,
nuestros mudos dolores
a la invisible altura de lo eterno,
sobre sus manos -llenas de canciones
o unidas en silencio.-

Campanarios azules de la aurora
llenos de voces de los campos frescos,
de pájaros alegres
y de la luz del último lucero.

Campanas que despiertan
con un asombro ingenuo
y juegan en el viejo campanario
como niños traviosos.

Campanarios del sol del mediodía:
en el bochorno de oro, graves, lentos
los toques ruedan por la calle hirviente
hacia el agua y la paz del campo abierto.

Campanarios rojizos del crepúsculo:
campanas con temblores de recuerdos
y de extrañas nostalgias
e infinitos anhelos,
y con gorjeos tímidos de pájaros
que vuelven al alero.

Campanarios oscuros de la noche.
Del toque de las siete... canto y rezo;
plegaria musical que va vibrando
por los caminos rotos del silencio,
y hace alzar, sin pensarlo, las miradas
al negro firmamento,

Para buscar ese algo -oscuro o diáfano
más tan íntimo y nuestro-
que sentimos más alto que las sombras
y la pálida luz de los luceros.

Campanarios sin voz de media noche:
altas manos unidas en silencio
que parecen llevaran
en su aguja prendido algún lucero.

Campanarios amigos,
cautivas flechas que un oculto arquero,
del corazón de mi ciudad dormida
apuntara a los cielos.

AMISTAD

Hallar
en el vacío triste y dolorido
del camino quemado del olvido
un alma fraternal.

Sentir
la primera mirada
como una cosa familiar -soñada
en un oscuro y dulce presentir-.

Cambiar
por el vino de amor y la dulzura
las hieles del adiós y la amargura
sin la tristeza turbia de dudar.

Subir
con la mano fiel y fuerte,
y, unidos en la cumbre de la muerte,
ante la aurora eterna, sonreír.

DESPEDIDA

Como pude vestirme con mis manos,
cruzar tus manos frías sobre el pecho,
darte tu Crucifijo
y al fin... mirarte muerto.

Sobre la tempestad que azotó el alma
ha venido el silencio:
de rodillas con él, te estoy mirando
dentro de ese cajón, tan largo y negro.

Sobre tu cabecera, el Crucifijo
abre sus brazos yertos:
¿no eres el mismo acaso,
el amigo de Lázaro? -¡Maestro,
si Tú hubieras estado
aquí, mi hermano no se hubiera muerto!

-“Ha de resucitar al fin tu hermano:
sobre su polvo están mis brazos yertos”.

Cuatro cirios que alzan
su tenaz esperanza hacia los cielos
en su llama se queman
el corazón, las lágrimas y el tiempo

Con los ojos sin luz, el alma ausente
y el corazón enfermo,
¡qué largo es el camino
hacia la casa muda de los muertos!

Sobre la puerta oscura,
frente a los nichos negros,
las palabras de aurora,
de victoria, de luz y de consuelo.

Del abismo sin fondo de la muerte
sólo han vuelto los labios del silencio,
las pupilas con luz de la esperanza
y el corazón dolido del recuerdo.

MUERTES DE LA VIDA

No temas a la muerte
porque hay muertes más muertes en la vida:
muerte de los afectos a las puertas
mudas, cerradas, de las almas frías.

Muertes de las ingenuas ilusiones
atropelladas en las calles frívolas.

Muerte del ideal, asesinado.
por la palabra artera o la infame sonrisa.

Muerte de la esperanza y del anhelo
(puñal de vanidad o cobardía)

Muerte de la confianza ante los ojos
que nos dan en su luz una mentira.

Y la muerte más muerte del olvido.
¡Cuántas promesas de recuerdo hundidas
en la fosa sin fin de los olvidos!
¿Cuántas serán las almas que no olvidan ?

Mas confía, que hay vidas que no mueren,
por todas esas muertes de la vida.
Hay afectos eternos e ideales perennes,
y hay ojos que no engañan y hay almas que no olvidan.

Y si algo se muere entre tus manos,
levanta el corazón de tu sonrisa:
la vida que no muere, esa más tuya,
¡crece con cada muerte de la vida!

PERRO SIN DUEÑO

No sabe lo que dice quien te llama
perro sin dueño.

No te lavan criadas, ni te peinan;
no duermes en las faldas
de mujeres que sólo se amaron a sí mismas;
te peina el viento y te lavan los cielos.

No conoces collares ni cadenas
y son tuyos los tarros de basura
en las calles de Dios.

Puedes correr sin que te peguen
por ensuciar la alfombra;
seguir; alzando tu hociquito curioso,
al primer niño pobre, que es tu amigo,
curiosear en la iglesia
y ladrar libremente a la luz de la luna.

Tu piel, cuando te mueras,
no ha de quedar, curtida, a los pies de una cama:
bajo el suelo fecundo
se ha de transfigurar en rosas ignoradas
para que las huela sólo Dios:

no eres perro sin dueño,
perrito del Señor.

VOLVER A ANDAR

Volver a andar
porque ese es mi destino.

Volver a andar, dejar atrás, muy lejos
la ciudad con su vértigo y su ruido,
dejarla no sé donde, donde no oiga
sino la voz amiga del camino.

Ir subiendo despacio, lejos, lejos
del ardiente ronquido
de los bólidos que llevan- ¿hacia dónde?
El solitario, ansioso, melancólico egoísmo

Volver a andar,
descubrir, otra vez, el latido
profundo de la tierra
-en su fiel corazón puesto el oído-,
el color olvidado de las hojas,
la música del viento, del agua, de los grillos,
el pañuelo de una nube que me llama
detrás de un negro risco.

Saber de nuevo, por mis pies cansados,
la sencilla verdad de mi destino:
ser, hasta el fin,
gitano, aventurero, peregrino.

Un pedazo de pan, un sorbo de agua,
la palabra callada del camino,
una música suave que... ¿viene de las cosas
o nace de mi mismo?

Y, a ratos, un silencio
hondo y limpio
en que suenan los pasos, humanos fraternales,
de Dios en el camino.

Descansaré cuando Alguien haya
quitado de mis pasos el camino.

Volver a andar, andar
porque ese es mi destino.

TIERRA MIA

Tierra mía
la de los días claros de la infancia.

Les dio tu cielo la lección primera
de azul a mis pupilas asombradas,
los primeros anhelos a mis labios
y los primeros sueños a mi alma.

Tu cielo abierto y limpio
-orlado de montañas-
que ha puesto sus azules transparencias
sobre las quietas aguas
de tus once lagunas,
donde a la incierta luz de la mañana
dejan el totoral las gallaretas
rozando el agua con sus negras alas...

Le dio el paisaje su lección primera
de música a mi alma,
en las múltiples voces de tus pájaros,
en el murmullo de las aguas mansas
de tu claro Tahuando,
en los vientos que peinan con sus alas

los pajonales tristes de los páramos
y en la lluvia que cuenta, llora y canta.

Y me dieron lección de paz tus campos:
en los hilos de agua
que parece que temen hacer ruido;
y en la gran soledad desnuda y amplia;
y en el árbol que se alza solo y triste
en medio de la chacra
y mira más allá de los cercados;

y en los húmedos ojos de las vacas
que rumian el recuerdo de sus hijos
con una especie de ternura mansa....

Y le dio tu alma ingenua la primera
lección de amor al corazón sin ansias....

Yo amaba, tierra mía,
la torre del reloj, vieja y gastada;
la pila pobre y simple
de la plaza
donde las aguadoras de mi tierra
en tus claras mañanas
llenar los puños frescos y armoniosos
del agua musical de la montaña.

Tierra mía,
la de días claros de la infancia.

Tierra mía
que, cuando me alejaba,
me dijiste un adiós en esas nieblas tristes
que entre las gasas trémulas del alba
hacen la cumbre blanca del Cayambe
más brumosa y lejana.

YAHUARCOCHA

Mil árboles que esperan silenciosos
-alineados al borde
del agua un poco azul y un poco triste-
el viento de la tarde y las estrellas.

Selva estrecha de lanzas
de las verdes totoras que custodian
la limpidez del agua y del silencio.

- Las totoras que saben
de ahogadas historias
y de leyendas naufragas...-

Verde -gris soledad de las colinas
con la frente bañada allá en el fondo
bajo las aguas levemente crespas
de la tarde.

Patos negros que rayan
de lentitud, de sombra y de nostalgia
los cristales del agua y del recuerdo....

Gotzas cool avimbo cloro
tan suaves mal peloto rosado.
dibujar un avio en so cielo
man grande paisa blando.

Y ...ganas de internarse lentamente,
las manos
en la caricia fuerte de los remos,
la frente
en la suave caricia de los vientos,
y el alma
llevada de la mano
más cerca de su Dios y de sí misma,
por el aire sin rumbo,
la soledad, el agua y el silencio.

SAN PABLO

Azul invitación de ancha frescura
en las curvas reseca del camino,
jugando al escondite con los ojos
que presintieron su temblor dormido...

Esta laguna es un remanso dulce
como el alegre retozar de un niño
que se aquietó en asombro ante los cielos
con sonriente respirar tranquilo.

El viejo monte se sentó encantado
frente al espejo silencioso y límpido,
y no se irá, mientras no se haya roto
el encanto infinito.

... ¿Qué sintió la bandada de las garzas
que alzó su blanco vuelo repentino
-vuelco del corazón de la laguna
que se prolonga trémulo latido?

CUICOCHA

Laguna

-piedra, cristal y azul- sólo laguna,
sin pinturas de prados sonrientes,
sin risas importunas
de pescados de plata y pescadores,
sin garzas blancas y sin blanca espuma...

En un azul, el cielo
-lejanía y hondura-
y la sombra serena de los muros
sobre el agua profunda.

Agua sin la sonrisa de las luces
que bruñen de fulgores las alturas
y ornan de áureos relieves caprichosos
las murallas oscuras.

Los islotes gemelos
surgen del corazón de la laguna
-tierra para las plantas que caminan
en busca de quietud, de agua y de luna...-

Agua para pensar -cristal cerrado
como en el cuenco de una mano oscura
en una austera y triste lejanía
y una gran soledad, tranquila y muda.-

Piedra, cristal y azul -callado espejo
del silencio, los astros y la altura.

MOJANDA

El arenal desierto va ascendiendo
con las manos tendidas
-sed eterna de altura,
de claros horizontes y de linfas-

Y el anhelo insaciado se transforma
escalando las cimas
en tristes pajonales silenciosos
-ansias hurañas, solas y cautivas-

El dolor de la altura
-dolor que mana puras alegrías-
las transfigura ante la paz sin nombre
en desnudos picachos que se miran
en el límpido espejo
de una mansa laguna pensativa.

Arriba, un cielo gris y desolado,
por que no se distraigan las pupilas
del hondo azul del agua,
único azul de esta aridez dormida,

azul para mojar ansias del alma,
ensombrecido y hondo en las orillas.

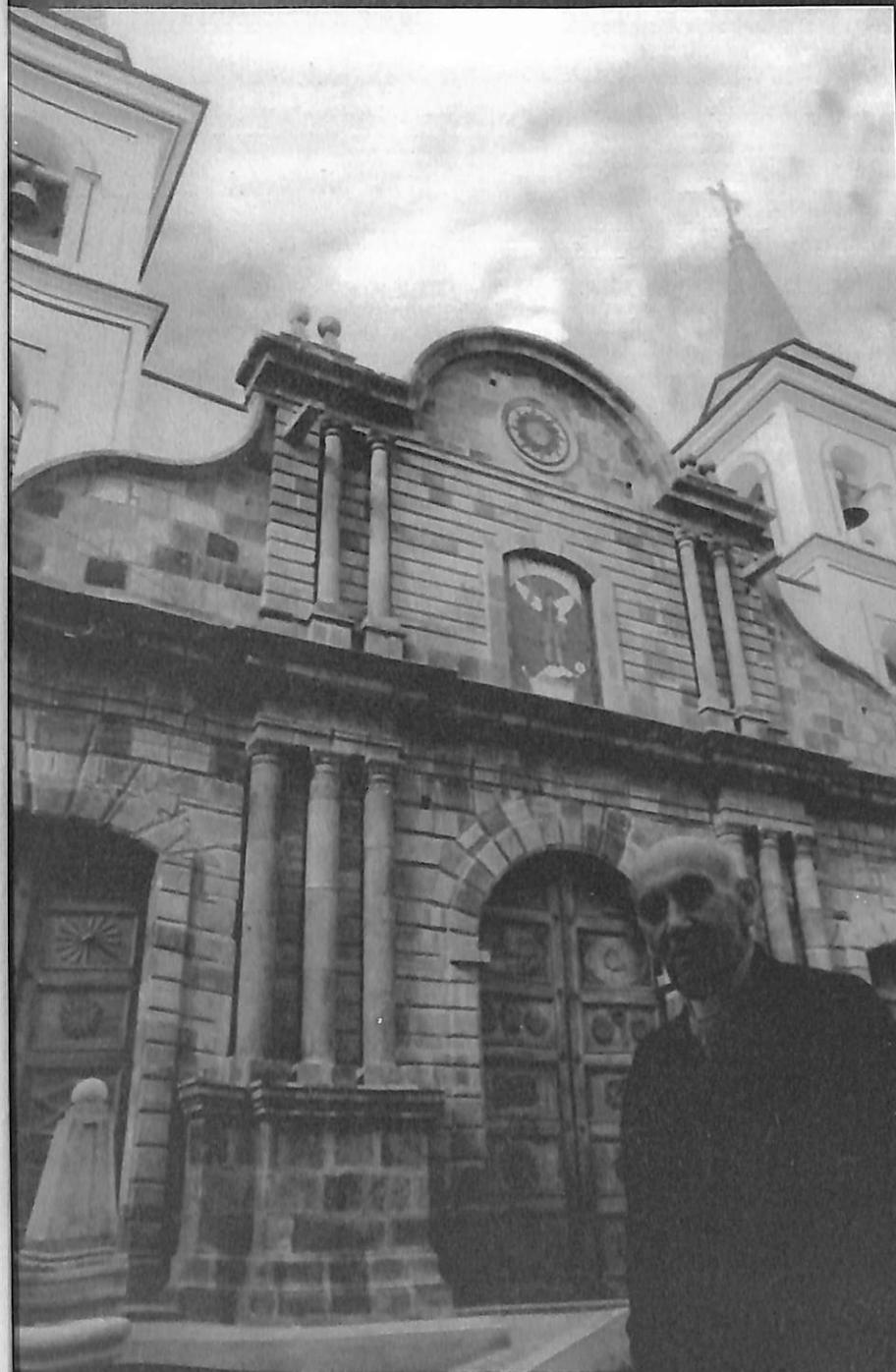
Soledad que no siente
más latido de vida
que el agua con su lenta
respiración tranquila.

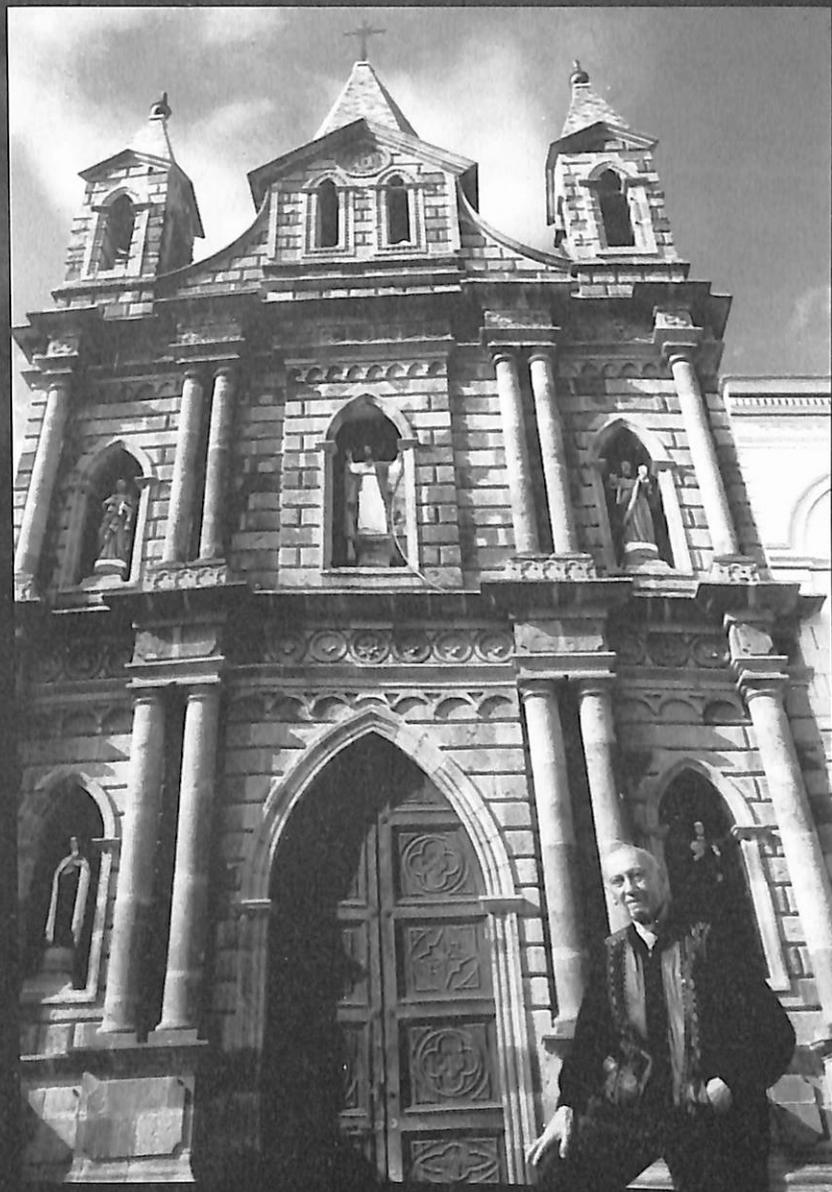
CUBILCHE

Pupila dulce y triste de los páramos,
ingenuidad dormida
en las rodillas duras de los montes
como una pobre niña.

Pureza custodiada
en ignotas y austeras lejanías,
con murallas de vientos y de altura,
bajo la sola inmensidad tranquila.

Agua para mirarla un breve instante
con agua de pudor en las pupilas.





*No temas a la muerte
porque hay muertes más muertes en la vida:
muerte de los afectos a las puertas
mudas, cerradas, de las almas frías.*



*Campanarios amigos,
grito y canción del corazón inquieto
de mi ciudad. Insomnes
atalayas del mundo y de los cielos
que velan con la voz de sus campanas
o con sus piedras altas de silencio.*

*Voces de plata para la alegría,
voces de bronce oscuro para el duelo.*



MONTAÑA

Montaña,
montaña mía.

Mía porque me sale a ver el alba
desde la alta ventana de tu cima.

Porque es mi amiga la callada estrella
que te besa la frente pensativa;

Y me alegro contigo
cuando llega la nieve de visita.

Porque invita tu cumbre
a una diaria ascensión a mis pupilas.

Montaña mía, hoy he venido a hacerte,
como la nieve, una fugaz visita:

poner alas y remos
a la carne mezquina;

descubrir de las flores de la cumbre
las miradas esquivas;

y de la soledad dura y perfecta
de tu cima
ver el mundo de lejos, a distancia
nunca vista.

Y sentir, mientras se hunden
en el azul sin fondo mis pupilas,
que, acariciando distraídamente
mi bastón, Dios me mira.

RIO

Río infantil de mi tierra,
pequeño y tímido,
que en la quebradas destrenzas
tu tenue hilo;

y vas, dulce y asombrado,
al mar, al mar infinito,
y te vas cantando solo
un sollozo o un trino.

Y los hombres no se paran
a oírlo
porque no entienden tu canto
claro y sencillo.

Mi río amigo, yo vengo
a estar contigo,
a unir al tuyo mi canto
rudo y sencillo.

Porque ambos, así, nos vamos
al mar, al mar infinito,
vamos cantando solos
un sollozo o un trino.

No cantamos por que nadie
venga a oírnos:
vamos cantando asombrados
como dos pobres niños.

VIRGEN DE MI CUARTO

Virgen de mi cuarto,
compañera mía...

en mis horas áridas
chorro de agua limpia
que moja el cansancio
del alma y la vida,

con sólo mirarte,
con sentir prendida
tu mirada azul
sobre mi ceniza.

Cuando al alma llama
la melancolía
-tristezas sin causa,
malas y sombrías-
ansias de huir solo,
sed de lejanías,

basta que te sienta,
que desde tu esquina
silenciosamente
sienta que vigila

la paz contagiosa
de tu compañía,

para que el rincón
de mi vida íntima
vuelva a ser la clara
calle conocida
-una cosa buena,
abierta y tranquila...

Al cruzar la puerta
que a la calle mira,
se vienen tus ojos
detrás de mi vida,

-sobre mi camino
dos alas tendidas,
sobre los guijarros
de tantas insidias-

Qué cosa tan breve,
mi Virgen, ¡la vida!...

Quizá se dispersen
mis futuros días
por ruta sin rumbo,
breves, breves días...
Pero está tan honda

-clavada en mi vida-
tu mirada azul
desde aquella esquina,
Virgen de mi cuarto,
compañera mía,
que en mis ojos muertos
hallarán un día,
lejos de mi cuarto,
lejos de estos días
-como si me vieras
desde aquella esquina-
el azul reflejo
de tus dos pupilas.

EN LA CUMBRE

Alta alegría de la última cumbre,
más lejos de las grises, bajas tierras,
más cerca del azul y los luceros.
Limpia alegría de las altas piedras

con caricias de nubes
viajeras,
de nieve
y estrellas.

Alegría del alma libre y sola
sobre una cumbre efímera de tierra,
y con el cuerpo frágil de una hora
dominando los montes, las laderas,

las ciudades que sufren
y sueñan,
los vientos,
la niebla.

Alegría sin fin de las pupilas
frente a los horizontes sin barreras.

Sinfonía del viento
que desprende la nieve de la peñas.

Alegría de voces
que suenan
a voces
eternas.

Desde la cumbre inmensa y solitaria,
cómo me duele que las almas tengan
-en las ciudades hondas y lejanas-
por un placer de tierra.

¡Para el vuelo las alas
sin fuerza,
rendida y enfermas!

Mañana cuando lleguen
a mi vida las penas,
cuando el cansancio y el olvido pongan
en las alas su peso de tristeza,

me llamará más alto
la niebla,
la nieve,
la estrella.

Mis alas jóvenes, alas extendidas
en la hora de luz de la existencia,
vamos a la alegría limpia y alta.

de las cumbres serenas.
¡Alegría de almas
que sueñan
las cosas
eternas!

BUS

Señor de mi bus de a dos reales,
te doy gracias porque estoy cansado
y he hallado asiento junto a la ventana
que lame, como un perro amigo, la luz del ocaso.

Si fuera manejando un automóvil,
no pudiera estar así tranquilo, mirando
los guiños de los letreros luminosos,
los brazos estirados
de la ciudad que bosteza,
los ojos fijos y duros de los autos,
las pupilas veladas de la gente cansada,
la mano gris de la tarde sobre el paisaje despintado.

Aquí adentro, los pobres, con la tarde en los ojos
vamos un poco apretados;
una mujer con la canasta vacía
y una sombra de ausencia en los ojos velados;
la sonrisa, de una niña
-sobre tanta cosa marchita, ¡rosa de milagro!-

Cierro los ojos y pienso
que te tengo a mi lado cuando viajo,

olvidado de que eres Dios, para sentarte
junto a mí, como un hermano.

Pero hoy me cuesta trabajo descubrirte
en el que va junto a mí, un poco borracho
pero tranquilo y silencioso,
las manos juntas y los ojos bajos:
me cuesta prescindir, para sentirte,
del vago olor del trago.

Pero, al fin, en la penumbra
del bus, tu Rostro poco a poco se va iluminando;
y te veo a través de la pobreza,
del dolor de los ojos fatigados,
de la vieja camisa con leyenda inglesa,
de los callos que ennoblecen esas manos.

El ha alzado la frente;
nos vemos, nos entendemos sin hablarnos.

Tengo que bajarme en la próxima parada:
cómo te agradezco por haber viajado
por dos reales, los dos
juntos, ¡como dos hermanos!

VIRGEN DEL MAR

Virgen del mar, escriben aquí tu dulce nombre
un blanco triángulo distante,
las montañas azules que mueren en la playa,
las inmóviles alas de los alcatraces.

Virgen, tu nombre, hundido con las redes
bajo las olas rojas de la tarde,
lo pondrán a secar los chicos de los pescadores
con sus redes, al aire.

Virgen que, con la vela que en la choza
del pescador ante tu imagen arde,
enciendes en la noche las estrellas
sobre la barca de los tumbos barren.

Virgen del marinero que en la noche
llena su pipa de un acre
tabaco de abandono y tedio,
y mirando el humo que se va, murmura: madre.

Sobre este potro azul de crines blancas,
un Arcángel
trae en sus manos para ti un saludo
en la rosa de la tarde.

NOCHE DEL MAR

Solo en la orilla
del mar, siento al tiempo ir y venir con cada ola
arrojando en la arena
vacías, rotas conchas.

Noche del mar
solo
- perdido el horizonte,
todo una vasta, honda, negra sombra-

Sólo tres puntos luminosos
en la negrura flotan,
cabecean, avanzan
-en la noche dormida, ojos despiertos que avizoran-

Los hoteles bostezan,
el tedio en las ventanas fúlgidas se acoda.
Y el silencio se sienta en esas gradas
para oír la nocturna sinfonía ronca.

ALELUYA

Aleluya
en la voz asombrada
de estas locas campanas infantiles
recién resucitadas.

Aleluya
en el alba, sentada
en el jardín en que la Magdalena
aquella alba esperara...

Aleluya
en las trémulas alas
que han nacido en los hombros sonrosados
de esta rubia mañana.

Aleluya
en la ingenua mirada
de esa dulce pequeña que comulga
en puntillas, descalza...

ANGEL MIO

*"...Angel mío de mi guarda
mi dulce compañía....."*

Las manos de mi madre se juntaban
sobre mis manos niñas,
y los ojos cerrados
creían ver dos alas extendidas
sobre mi cuerpo,
sobre mi oración, sobre mi vida.

Ahora, a veces, mis ojos
ya no miran dos alas extendidas
sobre el cuerpo y el alma,
porque sobre la luz de las pupilas
cae como una sombra
la máscara del mundo, falsa y fría.

* * *

Cuando me llega adentro
la mezquindad de nuestros gestos fríos
complicados y tristes de hombres grandes,
me voy a ver los ojos de los chicos
despeinados y alegres.

y dentro de ellos miro
la sombra de dos alas extendidas
sobre un mundo sencillo,
sin lujosas miserias
ni egoísmos pulidos.

SIEGA

Para ti maduraban los trigales
de mi canto
con el sol de tus ojos
dulces y nostálgicos

Sobre la tierra negra de mi vida
al viento ondeaban como un mar dorado.

Y soñaba en segar una mañana
todo el oro dormido de mi canto;
llevarlo, como un niño,
a la muda ternura de tus manos,
y hacer, contigo, un pan dulce y moreno
para Dios, los hombres, y los pájaros.

No lo he segado yo...
¡Que el viento de la muerte lo ha aventado!

Ahora, a tuestas, de la tierra negra
lo recojo en mis brazos;
en vano aguardo la ternura muda
de tus manos
Y tendré que molerlo en mi tristeza
y hacer con él mi pan solo y amargo.

Con él, sin saber cómo
al hueco de tu tumba me he llegado...

Me dijiste ¿no tienes mi recuerdo
sobre la palma ungida en tus manos?

¿Por qué no alzas en él, hacia los cielos
el holocausto de tu trigo amargo?

Por eso, junto al hueco silencioso
del que una dulce lumbre va brotando,
levanto a Dios y a ti, mi dulce madre,
sobre la palma herida de mis manos
todo el oro, segado por la muerte
en el trigal maduro de mi canto!

A MIGUEL

A Miguel Sánchez Astudillo

Tú en tu celeste bicicleta
- la de los alegre días
en que a Jesús llevabas, montado en la barra,
por las calles frías
de la madrugada--
y yo en mi vieja bicicleta perdida,

nos marchábamos, Miguel, por los caminos
- por los caminos de las horas idas;
y de mis horas que siguen pedaleando en la tierra;
de tu hora misteriosa de allá arriba-

Vamos por un camino
lleno de hojas caídas
doradas por la lumbre de la tarde
que dora el aire, el corazón, las cimas.
Yo no sé si es la tarde, dime:
¿hay también tardes en tu día?

Altos árboles alzan en sus manos
la canción de la vida:
pájaros escondidos,

niños pobres que ríen y que gritan,
flores que dicen su lección de aroma,
un motor y dos alas, allá arriba,
nuestros sueños, y el roce de las ruedas
de nuestras bicicletas en la vía....

La canción de las cosas en tus ojos
con una extraña lumbre brilla.

El también va esta tarde con nosotros
-¿El va en tu bicicleta o en la mía?-.
Va en tu paz. En el gozo silencioso
y pleno de tu alma. En tu sonrisa.
Y en mi nostalgia y mi quietud. Uniendo
estos cabos distintos de la vida.

El camino ha empezado
a subir, y te sigo con fatiga.
Tú subes levemente, tiene alas
tu bicicleta. Veo por última vez tu sonrisa.

La izquierda en el manubrio, alzas la diestra
sin volver la cabeza, en despedida.
Hasta luego, Miguel,
hasta otro día. ¡Hasta mi día!

MARISCAL DE AYACUCHO

¡**M**ariscal de Ayacucho!
Casi adolescente -claro ángel desnudo-
subiste, como un sueño,
los esquivos peldaños del poder y de la gloria,
sin miradas siquiera,
como los caballeros
de las antiguas gestas más heroicas.

Jinete sobre un rayo
blanco y fulgurante
te bebiste los vientos de tu Patria
la de tu nacimiento
y la de tu corazón.

Leal y generoso,
humilde y transparente.
le saludaste a Cristo,
al volver de la cumbre libertada,
con la desnuda espada victoriosa.

No podías morir sobre tu lecho
ni en la violencia ruda del combate,
sino en el misterio
de un arcano holocausto:

mártir, testigo del que dijo:
“nadie tiene amor más grande
que el que es capaz de dar la vida”:
segado como un trigo
impoluto y fecundo
por una mano lóbrega y traidora,

Seguirás cabalgando en tu caballo blanco
sobre la noche iluminada del futuro
como el héroe más puro
de tu América india y española.

En el bicentenario del nacimiento de Antonio José de Sucre.

HEMOS DE CONVERSAR TODOS LOS DIAS

Muerte,
hemos de conversar todos los días.

Cuando esté -como hoy- sin fe en la vida,
todas las ilusiones
como las hojas secas,
y mi alma
como rama desnuda contra el cielo,
en tus cuencas sin lumbre
ha de encontrar mi nueva fe en la vida.

Cuando todas las almas
que en mis ansias insomnes
quieren llevar a inaccesibles cumbres
sean sobre mis alas
sólo un peso de carne y cobardía,
tú me dirás: espera,
muere todas las horas:
del grano muerto ha de brotar la vida.

Cuando el trabajo lento y silencioso
encadene mis sueños,
tú me dirás ¡aguárdame!
he de venir tan pronto

a hacer vida y lumbre
sobre tus huesos muertos
todos tus sueños vivos.

Cuando en la sombra de las noches solas
aguarden mis pupilas las lumbres que no acaban,
tú me hablarás
de esa noche del polvo que fue cuerpo
con lumbres inmortales para el alma.

Muerte,
hemos de conversar todos los días.

EL NIÑO ENSANGRENTADO

¡Señor!
urgué en mi corazón, y está mi mano
llena de sangre
-sangre de soledad, frío y espanto-
porque estoy solo, y yo no sé siquiera
lo que me han arrancado.

No me duele la lucha,
ni el odio, ni el cansancio.
No me duele la muerte
que viene paso a paso.
Me duele solo este vacío solo
que en mi alma ha quedado.

Por el camino d mis sueños rotos,
con mi sangre en la mano,
la cabeza desnuda bajo el cielo,
despeinado y descalzo,
un viento hostil contra mi cara, y libres
mi horizonte y mi canto,
me vine a ti, y ante tu puerta espero
-¿ves?- con los ojos tímidos y claros
con que llegó junto a mi puerta un día
un niño ensangrentado.

EL PEQUEÑO MENDIGO

- ¿Quién llama en la alta noche?
- el pequeño mendigo
El que no tiene techo,
pan, ni abrigo.

El que tiene tan sólo
sus grandes ojos,
y los pies lastimados
por los abrojos.

En la noche sin techo
lo halló el rocío,
lo mordieron los perros,
lo mordió el frío.

Los que no tienen hambre
le ofrecieron abrigo,
sus voces le dijeron :
amigo.

No quise. Y a tu puerta,
Jesús, te digo:
tiene hambre
el pequeño mendigo.

MIS ZAPATOS VACIOS

Reyes Magos,
viejos Reyes amigos de los niños,
no estarán esta noche en mi ventana
mis zapatos vacíos.

Se quedarán soñando
-mientras afuera gime el viento frío-
en los regalos, y en las larga barbas
-barbas blancas de abuelos viejísimos-
que pasarán flotando
en los sueños de todos los niños.

Y tendrán pena mis zapatos viejos
al mirarse tan grandes y vacíos.

Pero si en esta noche
visitáis el tugurio más mezquino
donde sueña un pequeño
-mientras se cuela adentro el viento frío-
con un pobre juguete
que haga brillar sobre sus ojos tímidos
la luz de la alegría.

cuando un rayo del sol tiemble indeciso
al mirarse el primero en mi ventana
veré, con ese mismo regocijo
de mis noches de Reyes que se fueron,
tirados sobre el suelo duro y frío
-con un poco de tímida nostalgia-
mis zapatos vacíos.

VUELVE

La luna viene tejiendo
de nubes finas
un velo para tu viaje:
vuelve, mi niña.

Los viejos árboles saben
para encantar tu sonrisa
nocturnos cuentos de plata:
vuelve, mi niña.

El pobre río ha comprado
a la hosca serranía
su violín para tu oído:
vuelve, mi niña.

La noche se va a tu encuentro,
la noche fría:
cuando te halle será aurora:
vuelve, mi niña.

Un ángel viene a tu lado,
tiene azules las pupilas
con el cielo de la mano,
vuelve, mi niña.

ELLOS SABEN

Dijo el sabio: los niños
no saben nunca nada...
y por sus ojos áridos y tristes
pasó una sombra breve, como un ala.

Y el ángel de la guarda —con sus manos
en la infantil melena alborotada—
pensó: lo que ellos saben sin saberlo
lo mata el frío de la ciencia vana...

Y ellos saben
que la luz es humilde, alegre y casta.
Que hay un mar en el fondo
de todas las miradas.

La música que traen desde el cielo
las lentas, grises aguas.

A quien llaman los vientos
cuando gritan, de noche, a la ventana.

La callada alegría de los árboles
cuando la nieve baja.

Por qué derrochan miles de oros trémulos
las noches estrelladas.

Que hay un dulce misterio
en las cosas humildes y olvidadas;

y que está hecho el corazón humano
de divinas nostalgias.

Del país clausurado de los sueños
tienen la llave mágica.

Y tan sólo ellos saben
con sus grandes pupilas asombradas,
y sus manos pequeñas,
y la súbita luz de sus palabras,
coger las manos tristes de los grandes
y llevarlas –seguras y confiadas–
a los éxtasis puros,
a las dulces primeras esperanzas,
al bosque virgen de las alegrías
que huye tras el cristal de nuestras lágrimas.

HALLE EN TUS OJOS

Hallé en tus ojos hoy, acurrucada,
tu alma de niña, con temblor y frío.

A su llamada ha vuelto
mi alma de niño,
huido del rumor de las palabras
en los salones fríos
para oír en la punta de los árboles,
la música de vientos y de trinos;

huido a veces de los compañeros
punto al río,
para mirar, sin ver, sobre las aguas
flotar su dulce sueño nunca visto.

que conversaba solo con las cosas
y les prestaba oído,
y sonreía, entre sus juegos, solo
a invisibles amigos,

y era dueño de este mundo, sin haberlo
nunca pedido.

Ya probarán tus labios
de la vida las hieles y el vacío,
y tus pupilas solas
ya probarán cuchillos del olvido.

Y entonces... como al árbol de miel y oro
llega la piedra que tiró algún niño,
llegue hasta el árbol solo de mi vida
el niño en tus pupilas escondido,
y lance, en busca de la miel sincera,
-piedra celeste y diáfana- su grito.

OCASO

El silencio me mira
de este árbol alto y solo del sendero
y me voy con el viento en mis oídos
y el viento es un suspiro del silencio.

Por los caminos negros de esta hora
ya nadie va... tan sólo va por ellos
mi corazón, silbando tras las últimas
golondrinas inquietas del recuerdo.

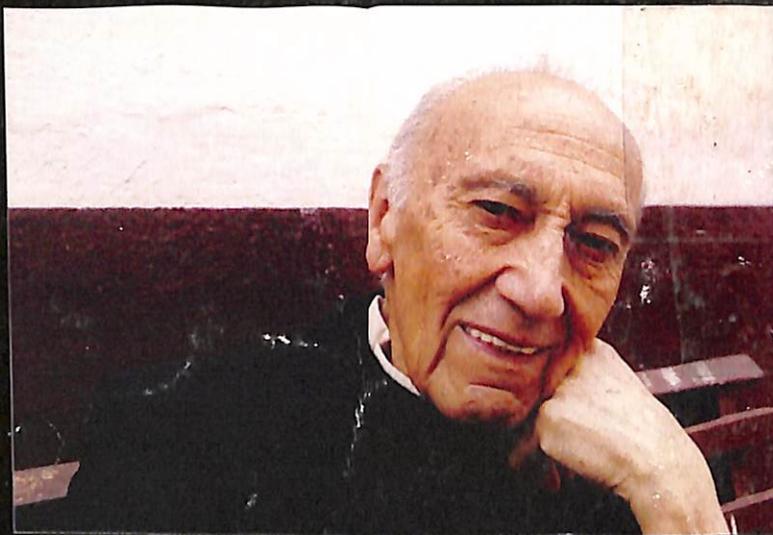
Toda la luz ha huido de la tierra
y nos atisba de un rincón del cielo:
lago de luz tranquilo y transparente
donde la noche va a pescar luceros.

La noche es la tristeza de los montes
que se contagia el cielo...

¡Oh dulzura sin sombra entre las sombras!
Mi corazón sediento
prueba la amarga sangre del ocaso
y la dulzura límpida del cielo.
¿La soledad? ¿La sombra?
¡Si sé que me sonrías desde el cielo!

INDICE

Campo	8
Ser niño	10
Campanarios	12
Amistad	15
Despedida	16
Muertes de la vida	18
Perro sin dueño	20
Volver a andar	22
Tierra mía	24
Yahuarcocha	27
San Pablo	29
Cuicocha	30
Mojanda	32
Cubilche	34
Montaña	35
Río	37
Virgen de mi cuarto	39
En la cumbre	42
Bus	45
Virgen del mar	47
Noches del mar	48
Aleluya	49
Angel mío	50
Siega	52



El poeta ciego Borges nos recuerda, a sus 80 años, que no pasa un día en que no estemos un instante en el paraíso. Imaginamos a Carlos Suárez Veintimilla, el poeta místico, en un eterno paraíso revelado a sus ojos. La suerte de, como Tolstoi, que para hablar del Universo sólo es preciso, hablar bien de su aldea: lagunas, campos, calles blancas, campanarios, vírgenes de ojos tristes, arrogancia del poder y esperanzas del afligido, en una urbe que de tanto buscar el mar tiene instalada su bruma. Y en un país demasiado indolente para reconocer a los cantos que nacen en la periferia.

Carlos Suárez Veintimilla ha sido catalogado como el poeta-niño, por nuestros mayores, y a sus 90 años nos enseña -con su filosofía de vida- que es posible llevar como brújula a una flor.

El escritor oriental, Meng Tse, en el siglo III, antes de nuestra era, sabía que no podemos dejar el asombro de los niños a riesgo de perder la esencia del ser humano. En los versos del *Poeta en Ibarra* encontramos lo más difícil: la sencillez para hablar del abstracto Mundo. Sólo la sabiduría tiene el canto de los pájaros.

Juan Carlos Morales Mejía



**I. Municipio
de Ibarra**

